

2110 LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



Hoy Dúo Gardel Razzano Hoy

34 australes
No traiga ropa de nylon

Cuando bajé del ómnibus, con sed, el afiche no me llamó la atención. Lo miré al pasar, pero no lo vi. Como dicen que decían en el campo, el paisano tiene dos tiempos.

Así que me tomé la Paso de los Toros, y entonces. Entonces di un respingo y volví a mirar, para atrás.

Deben ser cosas de este pueblo, me dije. Nadie ha de dar mucha bola, así es el Sur. Pero igual pregunté. El mozo, sonriendo con algo de sorna, me dijo:

–Son cosas de Pardal.

–¿Qué Pardal?– pregunté.

–Pardal Gómez, el inventor –me dijo, como si yo que soy de afuera tuviera que saber. –Vea, hay gente que fue y dice que es cierto. Ha de ser pero yo no me meto en la carpa ni aunque me paguen.

–¿Qué carpa?

–La carpa de Pardal –me dijo y se fue a atender otra mesa.

Yo tenía que seguir preguntando porque la empresa me mandó sin información, para abrir el mercado. Correteo pilchas Pierre Dupie, remeras con la Cruz de Lorena aunque los fabricantes son coreanos.

En este negocio no es cuestión de caer así nomás, a la primer boutique, y abrir la valijita, mostrar.

Al fin el mozo volvió y me dijo, no hizo falta tirarle de la lengua:

–Vaya a “Pituco`s” y pregúntele de mi parte al Churri Molinaro, que ahora anda fabricando trajes cruzados y a rayas...

–¿Y quién se va a poner eso? – le dije.

–¿Qué quién? Usted va a ver mucha gente peinada a la gomina y vestida así, en el centro del pueblo. De no, no pueden entrar a la carpa... El Churri se asoció con Pardal...

–Para qué?

El mozo se me fue de zopetón y sin contestar.

–¡Eh! –le grité. –¿Dónde queda eso?

–¿Qué eso?

–La fábrica de Molinaro.

–Vea –me mostró-, métale derecho por acá, y a cinco o seis cuabras va a ver un cartel que dice: “Molinaro`s made”. Ahí pregunta.

Salí caminado. Me manejo con poco viático. Por suerte la valija casi no pesa. Había carteles por todos lados, me refiero a los de **Gardel Razzano**, medio despegados, y también otros, que anunciaban **Juan Moreira**.

Ya me andaba preguntando si este pueblo atrasaba tanto cuando...

...en la oficina de Molinaro, tipo tranquilo y muy amable, como un duque, fuera de lugar en este mundo, el empresario empezó a hablar:

–¿Atrasando? Para nada, estamos prosperando para atrás, para antes, que no es lo mismo. Incrementamos la producción en un 89 por cierto. Y eso se lo debemos a Pardal Gómez.

–Lo que puede un individuo...–dije. En realidad, pensé en voz alta.

–Dos individuos –dijo Molinaro, clavándose el índice en el esternón–, no se olvide que un invento no sirve para nada sin producción y comercialización. ¿Qué es la Coca Cola?

–Un remedio –dije por decir.

–Una mierda –dijo-. ¿Qué tal si almorzamos? ¿O quiere tomarse antes un aperitivo? Vamos al mejor lugar de la ciudad, vamos.

Se prendió el saco, se pasó el peine, y salimos.

... Cuando encontramos una mesa en “Hugo`s food” y el maitre nos puso las sillas y por poco nos cepilla, el empresario me miró fijo un rato y se puso a hablar. “Algo se trae”, pensé.

–No se preocupe. ¿Chirom me dijo que se llamaba? No se preocupe, Chirom. No se venden más remeras en la zona, así que usted no está perdiendo el tiempo tomando unos vermuses... Acá no lo perdemos –dijo, y se rió un poco-. Para nada. Yo ando necesitando un vendedor de experiencia, que conozca la Capital. Antes de Pierre Dupie ¿para quién trabajaba? Ah, ¿usted es ingeniero? Ahora entiendo su curiosidad por la máquina de Pardal... él ya debe estar por venir. No, no. Gardel Razzano no es ninguna imitación, no –dijo, un poco ofendido-. Todo auténtico. Hoy es la primera función de la gira del 28 en el Cervantes. ¿Un chablis bien helado?

–¡Qué vino! –dije, paladeando.

–Vea, Chirom, me tomé la libertad de invitar a Pardal Gómez, ya que como usted es ingeniero creo que se van a entender. Viene tarde porque está con Margot –agregó-. ¡Salud! ¡Por los negocios!

Comimos salmón con roquefort y nos tomamos otra botella. Pardal cayó a los postres, acompañado.

Empezó a comer al revés, por el flan con crema. Mientras tanto, exponía su teoría, dibujando diagramas sobre el mantel. Después de la explicación,

que cambió todo lo que sabía sobre física, quedé más bien confundido. Pardal miró el reloj que tenía en la mano derecha. Se puso nervioso y miró también el reloj de la izquierda. Comió el jamón con melón, que para él era el postre, apurado. Mientras tanto miraba los dos relojes.

En el de la izquierda, el común, las agujas marcaban la 1 y 16. En el de la derecha, que tenía las veinticuatro horas, casi la medianoche.

“Ha de ser la Cenicienta”, pensé y le miré a Margot los zapatitos. Eran de charol, bastante ajados, como pisoteados en el subte. Era muy linda, parda.

Se fueron a las corridas pero no me llamó la atención.

Tomé otro trago y pensé:

“Que este pueblo me resulte raro debe ser por vivir tantos años en la Capital. Yo soy oriundo de Ramallo, y sueño tantas veces con el río y los cantos de los pájaros al clarear. En las pesadillas, oigo el barullo de las cotorras. Supe cazarlas de pibe, con pega-pega.”

–Qué nervioso este Pardal –le comenté a Molinaro.

Tranquilo, el empresario empinó la copa y después me dijo, como al pasar:

–¿Sabe que tiene 35 años?

–¡Parece de 60 con ese pelo blanco!

–Ayer era morocho... pero viajó como cinco veces en el día y volvió así.

Haciendo los cálculos que me habían enseñado, comenté:

–No se debe poder...

–¡No me venga con ecuaciones! Ya tengo bastante con Pardal –me dijo Molinaro–. Yo también estudié, ¿sabe? Pero en el 66 me sacaron a bastonazos. Cuando se me fue el aturdimiento, tomé una decisión: “Guita, en este país lo único que se puede hacer es guita”.

–Yo me conseguí un trabajo en Segba, para empezar.

Me miró de arriba abajo y no dijo nada. Al rato sacó el tema:

–Vea, Chirom, vamos a poner de moda el funyi.

–Y con los espectáculos, ¿que va a hacer?

–¡Ah! ¡No! Se los vamos a dejar a Pardal. A él se le ocurrió, cuando andaba desesperado.

–¿Desesperado por qué?

–Lo apretaban de la financiera, ¿sabe? La máquina la fue haciendo él, con unos pibes, en el taller, juntando válvulas y condensadores. Basura tecnológica. Pero al fin tuvo que pedir crédito para comprar un osciloscopio. De no, se le desfasaba la tecnología. Doce mil dólares que con el tiempo se le hicieron noventa mil. ¿Y de dónde iba a sacar la plata? –se calló un rato y me miró fijo. Después, agregó:

–Usté ve esto muy tranquilo, ¿no? Saludadora la gente. Pero cuando se trata de guita, entran a tallar los hermanos Montejo. Que son de una familia muy recaudadora.

–¿Y qué pasó?

–Déjeme hablar, hombre. Vino a la fábrica Pardal, lívido a pedirme consejo. De regalo me trajo un gliptodonte, que en un solo día me comió todo el jardín. ¡Si será desubicado! “Pardal, Pardal- le dije-, tranquilizate. Tranquilizate y vamos a tomar algo a “Hugo`s”. “¿Y si van los Montejo?”- me dijo. “No seas cagón. Estás conmigo.” Y ahí, en la barra, le dije: “¿Vos hiciste la máquina por joder? Se le puede sacar plata, melón. Es *única*. Y con la plata te salvás de los Montejo. Yo no tengo efectivo, pero por unos días te los paro con unos checonatos. Dejámelos a mí; pero no tenés más de una semana”.

–Pero ¿qué iba a hacer con la máquina? –le dije. Molinaro me interrumpió:

–No le quepa duda de que es muy inteligente. Muy inteligente para hacerla, pero un salame para usarla, para sacarle jugo...

–¿No se le ocurrió comprar unos dólares?...

–Sí, el negocio es comprar dólares y volver en el día, venderlos más caros hoy y regresar a comprar más. Y así, en un ir y venir, del día más barato para comprar al día más caro para vender... una y otra vez. Mire, con la máquina se podría dominar el mundo.

–¡Fantástico! ¡La bicicleta de Minkowski!

–No sé, no lo conozco al ruso ese. Pero al final el truco financiero no anduvo... tantos viajes producen un desgaste. Inesperado.

–¿Y usted no se podía prender en dos o tres idas y vueltas? Así no deben ser peligrosas...

–Mire, hace unos diez años que lo vengo bancando a Pardal y lo tengo bien junado. Es un amigo, desde ya. De comer le doy, no le va a faltar. Pero que él haga su negocio y yo el mío. Nunca se sabe con lo que va a salir. Pero los que estamos en la producción hacemos equilibrio en un pelo. Pero él viene y te dice, con esa cancha que tiene para mangar: “Con menos de mil no puedo, de no son muchos viajes.” “Y, hacelos”, le dije. “Mirá Negro, no se puede abusar.” Me sacó la pluma fuente y me hizo vertiginosamente unos cálculos. Y al ver los números se quedó paralizado, como le pasa a veces a los gatos, y mirando vaya a saber qué. “Qué pasa” le pregunté. “Mirá, hay algo que todavía no entiendo, no me da. En matemática se diría que no converge.

“Habla en cristiano, ché.

“...debe ser por el frío.

“Qué frío.

“Cómo te lo explico... un viaje en el Tiempo es un viaje en el Espacio... pero uno no viaja entero, viaja desparramado en partículas... uno es... como una cooperativa, por eso se desparrama y se vuelve a juntar... ya en otra época.

“Para mí es chino.

“Imaginate que tenés un espejo enfrente y no te ves, porque viajás más rápido que la luz. Pero el asunto, según esto –me mostró la servilleta llena de signos –tiene dos soluciones...”

“Dos soluciones son un problema, le dije –agregó el empresario.

“Entonces Pardal se quedó pensando. Enseguida afirmó:

“¡Flor de problema si se da A y no B!

“Decime –le dije-. ¿Cuántas veces fuiste, no te estarás pasando?

“Fui un montón de veces.

“Tenés un ojo violeta, ché... El otro está bien.

“Si fuera eso sólo... –me dijo-. Tenía una cara el pobre...”

Yo no podía opinar del tema porque las teorías de Pardal superaban todo lo que yo sabía. Pero de algún modo Molinaro, con sus maneras campechanas, había entendido que si su amigo había abusado estaba en peligro, un peligro misterioso.

Hoy Dúo Gardel Razzano Hoy

36 australes

No traiga ropa de nylon

Frente a la carpa se leía el cartel que había aumentado de precio desde la mañana de mi llegada. Pero nosotros no íbamos a pagar la entrada.

–Vea, Chirom, un viaje solo no nos va a hacer nada, ¿no?...

Lo esperamos a Pardal Gómez en la entrada, para pasar gratis. Frío, lo que se dice frío, se siente. Me pareció entrever un sol verdoso y helado. No sé cómo pudo ser eso, ya que estábamos desparramados y disparados a esa velocidad de locos. Pero la memoria es un misterio y capaz que también inventa.

Nos quedamos tiritando en la puerta del teatro. Fuimos los primeros en entrar porque nos introdujo Pardal Gómez, que parecía reinar en ese ambiente. Lo que es tener relaciones. Más de cien no pudieron entrar y se quedaron esperando al aire libre. Allá, en los camarines, todos saludaban al inventor como si fuera de la casa. Carlitos en persona le palmeaba el hombro. Yo le di la mano al cantor pero él se sobresaltó porque estaba helada. Las voces retumbaban un poco, como si hubiera parlantes mal ajustados.

Gardel, que estaba gordo, se hacía unos buches y escupía en una palangana. Aunque no soy lo que se dice tanguero era emocionante estar cerca de él. Me llamó la atención ver a Pardal afinando una guitarra. ¿Se

acuerdan de los dos guitarristas, esos que suenan a la lata en los discos de pasta? Bueno, eran tres. Pardal en persona completaba el trío.

Con un gesto seco nos mandaron a la primera fila porque estaba por empezar.

Fue una cosa de no creer. Pardal, en la viola, era tan malo como los otros. Pero Gardel mucho mejor en vivo.

El inventor, que se había vuelto canoso y zarco, quedaba raro en el escenario. No parecía de la época, tampoco salía en las fotos, como se ha visto después.

La parda Margot, sentada al lado mío, le tiraba besos.

Él se distraía y desafinaba de tanto mirarla.

–¿Qué piensa de este romance –le dije bajito a Molinaro.

–¡Chist! ¡Deje escuchar canejo que esto es único!

Después, en el intervalo, me contestó:

–¿Qué pienso? Que Pardal no cambia nunca, ni desparramando sus partículas cooperativas por el espacio-tiempo. Pero vea a toda la gente colgada de los palcos. Ya debe haber juntado toda la guita para los Montejo.

Salvo por lo linda que era (o que será o que fue) Margot me parecía una coqueta que lo tenía agarrado a Pardal y que lo llevaba de fandango en fandango. ¡Él le compraba unas pilchas!

Después de los bises y los aplausos, el espectáculo terminó. Pardal se acercó y nos invitó a cenar, con champán Pommery. A la minusha le daba todos los gustos. La plata no la gastaba, la volanteaba. Para mí que ella lo vivía.

Cuando volvimos, Molinaro y yo fuimos los primeros en salir de la carpa y nos quedamos esperando en la entrada.

–¿Qué hacen los Montejo relojeando por ahí? –dije.

–¿Adonde? –se sobresaltó Molinaro y se fue de frente hacia los hermanos, que se perdieron entre la gente que empezaba a salir.

Molinaro volvió corriendo. Me empujó hacia la entrada y me dijo:

–¡Este boludo no pagó!

–¡Hay que avisarle! –le grité.

Pero fue decir eso y estallar la molotov. Saltamos para atrás, asustados. Apenas alumbrados por el resplandor de las llamas los vimos a los Montejo, que escapaban hacia la oscuridad del campo trahuco en mano.

El fuego se comía la carpa con ruido de chaparrón. Había olor a goma quemada y estaban estallando los tubos.

No sé en qué momento los habrá agarrado el incendio, ligero como una pincelada.

Cuando se apagó nos fuimos a ver la chamusquina. Buscamos pero no encontramos ningún cuerpo.

Yo vi un zapatito de charol, medio quemado, cerca de lo que fue la escotilla de la máquina.

Nos quedamos pensativos un rato, oliendo a ceniza.

-Vaya a saber -dijo Molinaro, tristón-. Vaya a saber si no salieron de gira con el Mudo, si no arrancaron antes para Niú Yorc.

-Capaz -le dije, mientras nos volvíamos-, capaz que el fuego no pasó al otro lado y que desde esta noche Gardel cantó siempre con tres guitarristas.